



Ramón María del Valle-Inclán (1866-1936)

La presencia de lo medieval en Valle-Inclán se aprecia ya en el título mismo del poemario *Aromas de leyenda. Versos en loor de un santo ermitaño*, que parodia los títulos que encabezaban muchas colecciones de milagros medievales: «Evoca, pues, el título, una atmósfera medieval llena de santidad y pureza, mundo de «leyenda» donde el concepto de tiempo histórico lineal resulta cuestionado» (Sánchez Moreiras, 2005: 432). Precisamente, el primer poema aquí recogido, «Clave VI. Flor de la tarde», ofrece el relato de un monje que queda prendado durante siglos por el canto de un pájaro y simboliza, en palabras de Sánchez Moreiras, la dramatización de esta dimensión atemporal ahistórica y trascendente (2005: 432). Tal atracción por un pasado arcaico y remoto, situado en las brumas de la Edad Media, es consecuencia de cierta tendencia por el prerrafaelismo inglés, que tanto cultivó la recreación de leyendas medievales (Sánchez Moreiras, 2005: 432). Estas intertextualidades con la Edad Media se dan también en poemas como «Clave VII. Prosas de dos ermitaños» (en el que, además, hay un diálogo con las *Coplas* de Jorge Manrique), en «Clave VIII. Ave serafina», en «Clave IX. Estela del prodigio» y en «Clave X. Páginas de misal», que forman una unidad al relatar la historia de un monje medieval a partir de cuatro motivos, respectivamente representados en cada una de las composiciones: meditación, prodigio, retorno y el ave (Sánchez Moreiras, 2005: 434). El franciscanismo y la pobreza, elemento privilegiado de los prerrafaelistas, es también orillado por Valle-Inclán en el siguiente poema recogido, «Clave XI. Lirio franciscano». En lo que respecta a «Clave XIV. En el camino», en opinión de Sánchez Moreiras, «más que un cuadro de ambiente es un poema-epílogo donde el yo lírico expresa sus ansias de oír, como San Gundián, el canto del pájaro que le permita alcanzar el quietismo» (2005: 433). En *La pipa de kif*, Valle-Inclán retoma los elementos medievales en poemas no recopilados como «Clave XIV. El crimen de Medinici» (que alude al *Dies illa* y al romancero), «Clave XVII. La tienda del herbolario» (con referencias a la América prehispana y alusiones a Melibea) y en «Clave XVII. Rosa de Turbulos» (que se centra en la América prehispana, convirtiéndose en uno de los pocos ejemplos de poemas del periodo que focalizan por entero en aquellas civilizaciones). Sí incluimos, por otra parte, «Clave V. Bestiario», una curiosa presentación de los animales de la casa de las fieras del Buen Retiro que imita los bestiarios medievales, así como «Clave XXVII. Rosa de mi abril», que alude a la leyenda sobre Jaufré Rudel, según la cual este atravesó el Mar Mediterráneo para conocer a la Condesa de Trípoli, de quien se enamoró tras

oír hablar de ella y a quien dedicó sus versos, creando así, dentro del amor cortés, la retórica del «amor de lonh».

A continuación, anotamos las referencias de los poemas no recogidos que sí contienen elementos medievales:

«Clave XIV. El crimen de Medinici» (*La pipa de Kif*, 1919)

«Clave XVII. La tienda del herbolario» (*La pipa de Kif*, 1919)

«Clave XVII. Rosa de Turbulus» (*El pasajero*, 1920)

Clave VI. Flor de la tarde

Por la senda roja, entre maizales,
guían sus ovejas los niños zagales,
volteando las ondas con guerrero ardor,
y al flanco caminan, como paladines
del manso rebaño, los fuertes mastines,
albos los colmillos, el ojo avizor.

Tañen las esquilas lentas, soñolientas,
las ovejas madres acezan sedientas
por la fuente clara de claro cristal.
Y ante el sol que muere, con piafante brío
se yergue en dos patas el macho cabrío,
y un epitalamio dice el maizal.

En el oloroso atrio de la ermita,
donde penitente vivió un cenobita,
la fontana late como un corazón.
Y pone en el agua yerbas olorosas,
una curandera, murmurando prosas
que rezo y conjuro juntamente son.

Como en la leyenda de aquel penitente,
un pájaro canta al pie de la fuente,
de la fuente clara de claro cristal.¹¹²
¡Cristal de la fuente, trino cristalino,
armoniosamente se unen en un trino,
que aroman las rosas del Santo Grial!

112. Habla Valle-Inclán de la leyenda del penitente y el Santo Grial.

SOBRE O SOL E LUA,
VOA UN PAXARIÑO
QUE LEVA UNHA ROSA
A JESÚS MENIÑO.

(*Aromas de leyenda*, 1907, pp. 41-44)

Clave VII. Prosas de dos ermitaños

En la austera quietud del monte
y en la sombra de un peñascal,
nido de buitres y de cuervos
que el cielo cubren al volar,
razonaban dos ermitaños:
San Serenín y San Gundián.

-SAN SERENÍN, padre maestro,
tu grande saber doctoral
que aconseja a Papas y Reyes,
puede mi alma aconsejar
y un cirio de cándida cera
encender en su oscuridad.

-SAN GUNDIÁN, padre maestro
y definidor teologal,
confesor de Papas y Reyes
en toda la Cristiandad,
el cirio que encienda mi mano
ninguna luz darte podrá.

-SAN SERENÍN, padre maestro,
mis ojos quieren penetrar
en el abismo de la muerte,
el abismo del bien o el mal
adonde vuelan nuestras ánimas,
cuando el cuerpo al polvo se da.

-SAN GUNDIÁN, padre maestro,
quién el trigo contó al granar,
y del ave que va volando

dice en dónde se posará,
y de la piedra de la onda
y de la flecha, ¿adónde van?

-SAN SERENÍN, padre maestro,
como los ríos a la mar,
todas las cosas en el mundo
hacen camino sin final,
y el ave y la flecha y la piedra
son en el aire Eternidad.

-SAN GUNDIÁN, padre maestro,
todo el saber en eso da:
cuando es misterio, en el misterio
ha de ser por siempre jamás,
hasta que el cirio de la muerte
nos alumbre en la Eternidad.

-SAN SERENÍN, padre maestro,
esa luz que no apagarán
todas las borrascas del mundo,
mi aliento quisiera apagar.
¡El dolor de sentir la vida
en otra vida seguirá!

-SAN GUNDIÁN, padre maestro,
mientras seas cuerpo mortal
y al cielo mires, en el día
la luz del sol te cegará,
y en la noche las negras alas
del murciélago Satanás.

Callaron los dos ermitaños
y se pusieron a rezar.
San Serenín, como más viejo,
tenía abierto su misal,
y en el misal la calavera
abría su hueco mirar.

(*Aromas de leyenda*, 1907, pp. 45-52)

Clave VIII. Ave Serafín

Bajo la bendición de aquel santo ermitaño,
el lobo pace humilde en medio del rebaño,
y la ubre de la loba da su leche al cordero,
y el gusano de luz alumbra el hormiguero,
y hay virtud en la baba que deja el caracol
cuando va entre la yerba con sus cuernos al sol.

La alondra y el milano tienen la misma rama
para dormir. El búho siente que ama la llama
del sol. El alacrán tiene el candor que aroma,
el símbolo de amor que porta la paloma,
la salamandra cobra virtudes misteriosas
en el fuego, que hace puras todas las cosas:
es amor la ponzoña que lleva por estigma,
toda vida es amor. El mal es el Enigma.

Arde la zarza adusta en hoguera de amor,
y entre la zarza eleva su canto el ruiseñor,
voz de cristal, que asciende en la paz del sendero
como el airón de plata de un arcángel guerrero,
dulce canto de encanto en jardín abrileño,
que hace entreabrirse la flor azul del ensueño,
la flor azul y mística del alma visionaria
que del ave celeste, la celeste plegaria
oyó trescientos años al borde de la fuente,
donde daba el bautismo a un fauno adolescente,
que ríe todavía, con su reír pagano,
bajo el agua que vierte el Santo con la mano.

El alma de la tarde se deshoja en el viento,
que murmura el milagro con murmullo de cuento.
El ingenuo milagro al pie de la cisterna
donde el pájaro, el alma de la tarde hace eterna...,
en la noche estrellada cantó trescientos años
con su hermana la fuente, y hubo otros ermitaños
en la ermita, y el santo moraba en aquel bien,
que es la gracia de cristo nuestro señor. amén.

En la luz de su canto alzó el pájaro el vuelo
y voló hacia su nido: una estrella del cielo.
En los ojos del santo resplandecía la estrella,
se apagó al apagarse la celestial querella.
Lloró al sentir la vida: era un viejo muy viejo:
no se reconoció al verse en el espejo
de la fuente: su barba, igual que una oración,
al pecho dábale albura de comunión.
En la noche nublaba el divino camino,
el camino que enseña su ruta al peregrino.
Volaba hacia el oriente la barca de cristal
de la luna, alma en pena pálida de ideal,
y para el santo aún era la luna de aquel día
remoto, cuando al fauno el bautismo ofrecía.

Fueran como un instante, al pasar, las centurias.
el pecado es el tiempo: las furias y lujurias
son las horas del tiempo que teje nuestra vida
hasta morir. La muerte ya no tiene medida:
es noche, toda noche, o amanecer divino
con aromas de nardo y músicas de trino:
un perfume de gracia y luz ardiente y mística,
eternidad sin horas y ventura eucarística.

Una llama en el pecho del monje visionario
ardía, y aromaba como en un incensario:
un fulgor que el recuerdo de la celeste ofrenda
estelaba, con una estela de leyenda.
Y el milagro decía otro fulgor extraño
sobre la ermita donde morara el ermitaño...

El céfiro, que vuela como un ángel nocturno,
da el amor de sus alas al monte taciturno,
y blanca como un sueño, en la cumbre del monte,
el ave de la luz entrea abre el horizonte.

Toca al alba en la ermita un fauno, la campana.
Una pastora canta en medio del rebaño,
y siente en el jardín del alma, el ermitaño,
abrirse la primera rosa de la mañana.

PAXARIÑO LOURO
GAITEIRIÑO LINDO,
CÁNTAME NO PEITO
C'O TEÑO FERIDO.

(*Aromas de leyenda*, 1907, pp. 53-60)

Clave IX. Estela del prodigio

Aromaban las yerbas todas,
con aroma de santidad,
y el sendero se estremecía
bajo el *orballo* matinal,
cuando a su retiro del monte
se tornaba, San Gundián.

Tañía en la gloria del alba
una campana celestial,
y el alma de las yerbas, iba
trémula de amor y humildad,
a juntarse con la campana
en el aire lleno de paz.

Estábase una molinera
de su molino en el umbral:
en la cinta tiene la rueca
y en los labios tiene un cantar.
aquel molino el ermitaño
no lo había visto jamás.

–Molinera que estás hilando
a la vera de tu heredad,
quieres decirme, si lo sabes,
adónde este camino va,
que me basta a desconocerlo
de una noche la brevedad.

–A la cueva de un penitente,
en la hondura de un peñascal.

–Nunca falte lino a tu rueca
ni verdores a tu linar,
ni a las piedras de tu molino
el agua, que impulso les da.

La bendijo el santo ermitaño
y se alejó con lento andar.
Cuando llegaba a su retiro,
halló que un viejo con sayal,
leyendo estaba en un infolio
sobre una piedra del lindar.

–Ermitaño que penitencia
haces en esta soledad:
¿Cómo llegaste a mi cabaña
donde nadie llegó jamás?
¿Cómo el roble que ayer nacía
parece cien años contar?

El penitente alzó los ojos
inclinados sobre el misal
y saludó haciendo tres cruces
con reverente cortedad.
En sueños le fuera anunciado
el retorno de San Gundián.

–Padre de la barba florida
por tres siglos de santidad,
desde que oíste al ruseñor
primaveral y celestial,
cinco ermitaños hemos sido
de este monte en la austeridad.

El santo sintió del milagro
el hálito ardiente en su faz,
y bajo el roble, que de rosas
se cubría como un rosal,
vio que dos ángeles estaban
una sepultura a cavar...

(*Aromas de leyenda*, 1907, pp. 61-68)

Clave X. Página de misal

¡Rruiseñor! ¡Alondra!... Pájaro riente
que dices tu canto al pie de la fuente,
de la fuente clara, de claro cristal...
Pájaro que dices tu canto, escondido
en el viejo roble de rosas florido,
sobre la vitela del viejo misal.

El misal en donde rezaba aquel santo,
que oía en su rezo el canto de encanto,
del ave celeste, del celeste abril:
del ave que sabe la áurea letanía,
de nuestra señora la Virgen María
¡Azucena mística! ¡Torre de marfil!

Del ave que sabe la ardiente plegaria,
que al santo eremita de alma visionaria
abre la dorada puerta celestial.
Áurea cotovia, que nuestra señora
la virgen, al niño le da, cuando llora
desnudo en la cuna de paja trival.

Y el roble derrama sus ramas añosas,
en donde el milagro florece las rosas,
en la azul penumbra de ideal jardín,
y en la inicial roja, gótica y florida,
el ave modula su canto prendida.
¡Áurea cotovia! ¡Ave serafín!

¡CÁNTAME N'O PEITO,
PAXARIÑO LINDO,
QUE CON JESÚS FALAS
N'O TEU ASOVIÓ *ASOBÍO*!

(Aromas de leyenda, 1907, pp. 69-74)

Clave XI. Lirio franciscano¹¹³

El camino aldeano
ondula entre dos lomas
mellizas y fragantes,
como dos arrogantes
senos, que fuesen pomas.
¡Las ovejas pacían
en lo alto de las lomas!

Y la tarde en Oriente
deshojaba una flor,
e iba la caravana
por la senda aldeana
tan llena de verdor,
¡Y las llagas en sangre
eran como otra flor!

Racimo de gusanos,
flor del jardín de Asís,
que el aire campesino
deshoja en un camino.
¡Divina flor de Lis,
que con su boca ungía
San Francisco de Asís!

Doliente caravana,
una tarde en la senda
vieja y primaveral,
oirás la celestial
ave de la leyenda.
¡Y el Señor Jesucristo
te besaré en la senda!

En un campo de rosas
tendrás tu cena mística
al final del camino:

113. El poema va a aludir a San Francisco de Asís (1181/1182-1226), fundador de la Orden Franciscana, de una segunda orden conocida como Hermanas Clarisas y una tercera conocida como tercera orden seglar, todas surgidas bajo la autoridad de la Iglesia católica en la Edad Media.

pan sin acedo y vino
de la viña eucarística.
¡Y en las palmas llagadas
habrá una rosa mística!

Los pobres tendrán túnicas
de immaculados linos,
linos de luz de aurora
que hila nuestra Señora
al pie de los caminos...
¡Y el ruiseñor celeste
cantará entre los linos!

PEL'A MAÑÁN CEDO,
LINDO RUISEÑOL,
HAI N'A TUA CANTIGA
ORBALLO DE FROL.

(*Aromas de leyenda*, 1907, pp. 77-82)

Clave V. Bestiario¹¹⁴

¡Romántica Casa de Fieras
del Buen Retiro, he vuelto a ver
la alegría de tus banderas,
bajo la tarde, como ayer!...

Y me detuve emocionado
ante aquel viejo carcamal
estilizado
en el escudo nacional.

¡Viejo león que entre las rejas
bostezando agitas la crin,
sobre tus cejas
sus arrugas puso el esplín!

114. Actualización de los bestiarios medievales a partir de una visita a la casa de fieras del parque del Buen Retiro madrileño.

El canguro antediluviano
huyó con saltos de flin-flan:
es australiano
y tiene trazas de alemán.

Temeroso esconde las crías
en el buche de acordeón:
antipatías
tiene el canguro, de embrión.

El tigre se agita ondulante
tras los hierros de su cubil:
belfo tremante:
garra rampante y ojo hostil.

¡Qué triste el oso se espereza
sobre las pajas de su coy!
¡Cuando bosteza
recuerda al Conde de Tolstoy!

Tiene un gesto de omnipotencia
el leopardo bengalés,
la impertinencia
de su gesto dicta al inglés.

Sonríe el lobo: Tras la reja.
con un guiño de curial
rasca la oreja
y la estameña del sayal.

Y la romántica jirafa,
solterona que bebe hiel,
las rosas chafa
en la cúpula del laurel.

¡Arquitectura bizantina,
imposible de razonar,
de la divina
silueta de Sara Bernhardt!

Un disparate pintoresco,
maravilloso de esbeltez,
el arabesco
del caballo del ajedrez.

Ruge encendida la pantera
su ensueño de arenas y sol,
sabe la fiera
un aljamiado de español.

Recuerda el índico elefante
los bosques sagrados de Anám,
sueña el gigante
como un fakir ebrio de bahám.

Meditaciones eruditas
que oyó Rubén alguna vez:
letras sánscritas
y problemas del ajedrez.

¡Viejo elefante de Sumatra!
¿Sueñas acaso con Belkis,
con Cleopatra,
o con un circo de París?

¿Añoras la torre guerrera
sobre tus hombros de titán,
o la litera
de las reinas del Indostán?

¡Tú, que a mi musa decadente
brindas la torre de marfil,
resplandeciente
como una noche de las Mil!...

Encumbrado sobre una rama
el triunfo del pavo real,
es una llama
del Paraíso Terrenal.

Un ensueño de surtidores,
un cuento de viejo jardín
con los olores
de la albahaca y el jazmín.

¡El negro opio de la China
sabe tu verso ornamental,
ave divina
de un Paraíso Artificial!

El mono acrobático salta
y hace del mundo trampolín.
Mima y esmalta
cada salto con un mohín.

Y la cotorra verdigualda,
retaleando su papel,
luce una falda
que fue de la Infanta Isabel.

Feminista que disparata
en la copa del calamac,
bajo su pata
las ramas secas hacen crac.

A Simeón el Estilita
en penitencia sobre un pie,
desacredita
la cigüeña falta de fe.

Caricatura del milagro,
en un fondo de azul añil
exprime el magro
y cabalístico perfil.

Sobre una pata se arrebuja
y en el tejado hace oración
como una bruja
que escapó de la Inquisición.

Esponja el flamenco la pluma
y su absurdo monumental
trémulo espuma
sobre dos rayas de coral.

La cabra dibuja una aldea
dando vaho de la nariz.
¿Es de Judea
la aldea o de Arabia Feliz?

La cabra contempla la vida
con los ojos muertos de luz,
una dormida
visión de Oriente en el testuz.

Y el cocodrilo faraónico
las fauces abre en el fangal
al sol, que irónico
hace llorar su lacrimal.

¡Olvidada Casa de Fieras,
con los ojos de la niñez
tus quimeras
vuelvo a gozar en la vejez!

Muere la tarde. –Un rojo grito
Sobre la fronda vespéral–.
Y abre el círculo de su mito
el Gran Bestiario Zodiacal.

(*La pipa de Kif*, 1919, pp. 37-47)

Clave XXVII. Rosa de mi abril

Fui por el mar de las sirenas
como antaño Rudel de Blaya,¹¹⁵

115. Trovador y poeta occitano en lengua de oc nacido en 1113 y fallecido en 1170. Cuenta la leyenda que comenzó a escribir poemas para Melisenda, la condesa de Trípoli, de quien se había enamorado al oír hablar de ella. Finalmente, consiguió reunir el dinero y embarcó en Marsella en un barco que lo llevó hasta Palestina, donde llegó gravemente enfermo. Aun así, consiguió llegar a Trípoli y reunirse con

y ellas me echaron las cadenas
sonoras, de la ciencia gaya.

¡Divina tristeza, fragante
de amor y dolor! ¡Dulce espina!
¡Soneto que hace el estudiante
a los ojos de una vecina!

La vecina que en su ventana
suspiraba de amor. Aquella
dulce niña, que la manzana
ofrecía como una estrella.

¡Ojos cándidos y halagüeños,
boca perfumada de risas,
alma blanca llena de sueños
como un jardín lleno de brisas!

Era el Abril, cuando la llama
de su laurel adolescente,
daba el sol como un oriflama,
en el navío de mi frente.

¡Clara mañana de estudiante
con tristezas de amor ungida,
y aquella furia de gigante
por llenar de triunfos la vida!

En mi pecho daba su canto
el ave azul de la quimera,
y me coronaba de acanto
una lírica Primavera.

Ciego de azul, ebrio de aurora,
era el vértigo del abismo
en el grano de cada hora,
y era el horror del silogismo.

la condesa, en cuyos brazos falleció. Esta leyenda inspiró a numerosos escritores como Ludwig Uhland, Heinrich Heine, Robert Browning (*Rudel to the Lady of Tripoli*) y Giosuè Carducci (*Jaufré Rudel*). Algernon Charles Swinburne retomó este tema constantemente en *The Death of Rudel* y en *Rudel in Paradise*.

¡Clara mañana de mi historia
de amor, tu rosa deshojada,
en los limbos de mi memoria
perfuma una ermita dorada!

(El pasajero: claves líricas, 1920, pp. 99-102)